

Patricio Fontana

**Adolfo Prieto. *Conocimiento de la Argentina.*
*Estudios literarios reunidos***

Nora Avaro, selección y prólogo. Rosario: Editorial
Municipal de Rosario, 2015. 567 pp.

Patricio Fontana es docente de Literatura Argentina del siglo XIX en la Universidad de Buenos Aires e investigador del Conicet. Doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado artículos en revistas académicas y volúmenes colectivos. Con Claudia Roman realizó la traducción, el estudio preliminar y las notas de *Apuntes tomados durante algunos viajes rápidos por las Pampas y entre los Andes*, de Francis Bond Head (Santiago Arcos, 2007). Es autor de *Arlt va al cine* (Librería, 2009). Correo electrónico: patriciofontana@hotmail.com

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>



LA CONSTANCIA Y la inteligencia de Nora Avaro han dado por resultado un libro excepcional: *Conocimiento de la Argentina. Estudios literarios reunidos*, de Adolfo Prieto. Aunque —y aquí radicaría algo de su excepcionalidad— habría que decir que en realidad se trata de dos libros contenidos en uno. El primero, de poco más de 100 páginas, es una “Biografía intelectual de Adolfo Prieto” a la que Avaro le dio el adecuado y gongorino título de “Pasos de un peregrino”; el segundo, de más de 400, es una recopilación de 34 trabajos críticos escritos por Prieto entre 1952 y 2005, y hasta ahora nunca reunidos en un único libro.

La biografía no es un género demasiado practicado en la Argentina, y la biografía de un crítico y profesor de literatura mucho menos. La colección a la que pertenece este libro, no obstante, ya contaba con el brillante antecedente de los “apuntes para una biografía intelectual” de María Teresa Gramuglio, escritos por Judith Podlubne como prólogo al volumen *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, de 2014. El texto de Nora Avaro avanza en esa misma dirección y, generosamente, entrega como introducción a estos “estudios literarios reunidos” de Adolfo Prieto, un apasionante y a menudo entrañable recorrido biográfico por la vida —no solo intelectual, pese a lo que reza el título que la encabeza— de este crítico y profesor de literatura. Resultado del acceso de Avaro al archivo personal de Prieto y de las conversaciones que mantuvo con él entre 2012 y 2013, esta informada biografía, entre otras cosas, persigue al biógrafo desde su niñez y adolescencia sanjuaninas en las décadas de 1930 y 1940 —Prieto nació en 1928— hasta su regreso a Rosario —a la casa de la calle Dorrego— a fines de la de 1990 como profesor jubilado de la Universidad de Gainesville (Florida), en donde había trabajado desde 1981. Entre esas dos instancias que cubren cerca de siete décadas, el relato biográfico transita el laberíntico derrotero que realizó Prieto para llevar a cabo su vida profesional: Buenos Aires (en donde se doctoró en Letras), Rosario, Córdoba, Mendoza, pero también Montevideo, Besançon (Francia), La Jolla y por último Gainesville, en los Estados Unidos. Esa errancia, según Avaro, es el resultado de una decisión que adoptó Prieto muy tempranamente y que se cumplirá como un sino:

desde que se recibe de profesor, Prieto *será* profesor, estará siempre listo para todo destino. Las numerosas mudanzas de su vida, en el país y en el extranjero, debido a causas económicas o políticas tendrán esa regencia: Prieto irá adonde haya un trabajo, a cualquier lado, a condición de ejercer su profesión. (36, énfasis del original)

Prieto, nos asegura Avaro, no considera la posibilidad del viaje solo por placer: siempre tiene que haber una instancia de orden laboral que lo justifique;

y en esta consideración del viaje, la biógrafa sagazmente observa una suerte de correlato entre los viajeros ingleses que estudió Prieto en su último libro (*Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*) y su propia índole como viajero: “la mixtura humboldtiana del viaje utilitario —un congreso— con la experiencia romántica —el placer— propia de los viajeros del siglo XIX” (92).

De todo ese peregrinaje, Avaro hará especial y necesario énfasis en los 8 años (1958-1966) que Prieto pasó en la Universidad de Rosario, en donde desempeñó múltiples funciones —entre ellas la de profesor de Literatura Argentina, decano, director del Instituto de Letras, miembro de las comisiones de Publicaciones, Presupuesto y Planes de Estudio, etcétera— que significaron una de las etapas más prolíficas y felices de su vida profesional: un “paraíso perdido” que ya nunca más pudo recuperar (un testimonio de María Teresa Gramuglio citado por Avaro asegura “Tuvimos la mejor facultad”); “paraíso” que se vio interrumpido en 1966 cuando Prieto “presentó junto a otros colegas la renuncia . . . en repudio a la intervención de las universidades y a la represión estatal” (53) encabezadas por el general y presidente de facto Juan Carlos Onganía.

Además de la actividad como profesor, Avaro recupera en esta biografía las distintas instancias de la labor de Prieto como crítico, desde sus primeras participaciones en revistas como *Centro* o *Contorno* —vale decir, como miembro de la generación denunciante— hasta sus libros mayores de las décadas de 1980 (*El discurso criollista y la formación de la argentina moderna*, de 1988) y de 1990 (*Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina*, de 1996). Para ello, opta —y la decisión es correctísima— por dedicarle un apartado a cada uno de los libros que salieron de la pluma de Prieto, entre los que se cuentan, además de los dos ya mencionados, otros seis: *Borges y la nueva generación*, de 1954; *Sociología del público argentino*, de 1956; *La literatura autobiográfica argentina*, de 1962; *Diccionario básico de la literatura argentina*, de 1968; *Literatura y subdesarrollo*, de 1968, y *Estudios de literatura argentina*, de 1969. El análisis de cada uno de esos volúmenes permite, al menos, dos cosas: en principio, una obligada recuperación de títulos hoy bastante olvidados y, complementariamente, la posibilidad de reevaluar la obra de Prieto, a la que por lo general tiende a reducirla a sus libros sobre el criollismo y sobre los viajeros ingleses. La labor crítica de Prieto —nos dice Avaro indirectamente en esta biografía intelectual— es sustantivamente mayor que la de esos dos volúmenes a los que, no obstante, no sin justicia, se les ha dado una importancia mercedísima. Al fin de cuentas, eso mismo —la excelencia de la tarea crítica de Prieto más allá de *El discurso criollista...* y *Los viajeros ingleses...*— vienen a declarar los diversos artículos recopilados en este libro. En este sentido, pues,

habría que decir que *Conocimiento de la Argentinos* descubre —o nos recuerda— la existencia de otro Prieto: no exactamente de uno distinto, pero sí de uno más prolífico, más versátil, más fecundo.

En relación con lo anterior, otro aspecto relevante de la biografía escrita por Avaro es el rescate de la labor de Prieto como editor; un quehacer que lo ocupó especialmente en momentos en los que por una u otra razón le era difícil ejercer como profesor. De esa labor, su obra más relevante y recordada fue su participación como “revisor técnico” de los fascículos semanales que el Centro Editor de América Latina publicó entre 1967 y 1968 con el título de *Capítulo. La historia de la literatura argentina*. Avaro describe la obsesiva prolijidad —“hay tres ‘que’ en una sola línea. Suprimir el último”, indica en una carta— con la que Prieto encaró esta tarea, a menudo realizada a la distancia (desde Montevideo o desde Rosario), e informa, además, acerca de su principal preocupación a la hora de darle forma a cada entrega: qué concepción de la *historia de la literatura* debía estructurar la colección. Al respecto, Avaro apunta: “La brecha conceptual entre la linealidad de la historia y la autonomía de la obra era inadmisibles para Prieto, quien había sabido explorar, en sus clases y escritos, la densidad diacrónica y textual de ese vínculo complejo” (72).

Otra de las empresas editoriales importantes que desarrolló Prieto, aunque fuera menos conocida, fue la de crear, en 1968, una colección para la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, de Rosario: colección que llevó por nombre “Conocimiento de la Argentina”. Si bien el plan estaba completamente diseñado por Prieto, y muchos de los volúmenes estaban ya listos para la imprenta (como, por ejemplo, una edición prologada por el propio Prieto de *El ‘criollismo’ en la literatura argentina*, de Ernesto Quesada), de esta colección solo salieron a la luz algunas pocas entregas, y en 1977 el catálogo se interrumpió cuando la dictadura militar intervino la Biblioteca Vigil y “destruyó parte de sus archivos y su acervo bibliográfico” (11). Ahora, en 2015, a manera de homenaje, este libro rescata el título de esa colección truncada por la violencia política hace casi cuatro décadas y recupera, en el ordenamiento de los artículos, el esquema que la organizaba. Por lo demás, debe decirse que la actividad de Prieto como editor se vincula estrechamente con lo que Avaro denomina su “afán divulgador” (108): en efecto, la voluntad de Prieto era que la gente leyera; era acercar el texto a la gente con la idea de conformar un público para la literatura argentina; público del que, a su parecer (y para ello basta remitirse a su libro *Sociología del público argentino*), esa literatura carecía casi absolutamente.

Ahora bien. Me referí más arriba al “vínculo complejo” entre historia y literatura como una de las preocupaciones centrales de Prieto a la hora de con-

cebir cada una de las entregas de *Capítulo...* De hecho, habría que decir que esa fue la preocupación central de Prieto como crítico en general, y no solo en relación con su trabajo para la colección del CEAL. Más aun, en el último de los artículos recopilados en este libro (“Encuentros con Ángel Rama. Montevideo, 1967”, fechado en 1985), Prieto cuenta que, ante la pregunta de su interlocutor acerca de cuál sería su “próximo proyecto de trabajo, o mejor aún, mi proyecto secreto”, él, sin hesitar, contestó: “Escribir una historia social de la literatura latinoamericana” (562). Prieto, sin embargo, nunca escribió esa historia. Pese a haber dado muchísimas clases de literatura latinoamericana, el recorrido por su bibliografía crítica (incluido este libro que aquí reseño) demuestra, sin lugar a dudas, que su interés se volcó, desde muy temprano, casi exclusivamente hacia la literatura argentina. Pero, por el contrario, la lectura de esa misma bibliografía informa que la inquietud por la relación entre literatura y sociedad y entre literatura e historia fue una constante de sus intereses intelectuales (algo que, por ejemplo, se testimonia en su persistente preocupación por el lector, que alcanza, al menos, a su libro de 1988 sobre el criollismo). En los 34 trabajos que recopila este libro no hay —creo no estar exagerando— uno solo en el que el texto literario sea el exclusivo protagonista; aunque nunca de manera ingenua sino con una sutileza analítica que no da tregua, en cada uno de estos trabajos el texto literario se lee en relación con un contexto, con un problema histórico, con una coyuntura específica. Esto es así tanto en artículos sobre temas muy puntuales (“Silvio Astier, lector de folletines”, por ejemplo) como en aquellos que abordan, por caso, un periodo determinado (y de esto sería testimonio el titulado “Los años sesenta”, de 1983). En función de esto, podríamos decir que la *opera omnia* de Prieto es en definitiva, aunque de manera fragmentada o dispersa, una “historia social de la literatura argentina”, que cubre por lo menos desde fines de la colonia hasta la década de 1970.

Lo anterior, además, habla de la versatilidad de Prieto para moverse cómodamente en el campo de la literatura argentina. *Conocimiento de la Argentina* es un libro en el que se habla, con la misma y asombrosa solvencia crítica, de Martín del Barco Centenera y de María Elena Walsh; de Juan Manuel Beruti y de Héctor Libertella; de Domingo Faustino Sarmiento y de Josefina Ludmer. De este modo, el libro transmite la sensación —o quizá más que la sensación: el convencimiento— de que en su trayectoria profesional Prieto se consagró, pese a los muchos obstáculos que a esa trayectoria se le interpusieron, al conocimiento de la literatura argentina con una vehemencia sin claudicaciones, movido por el anhelo de saberlo todo, de leerlo todo.

Por lo demás, la lectura de los 34 artículos recopilados en un orden que no es cronológico sino temático, le revela al lector la existencia de un tono, estilo o andadura escrituraria que casi no varió con los años. Prieto no es un crítico que parezca haber cedido de manera genuflexa a las modas críticas y a las jergas que se sucedieron entre los 50 y los 90 (y esto no porque no las conociera; basta para ello leer el artículo “Estructuralismo y después”, de 1989), sino que es más bien uno que, perseverantemente, se aferró desde muy temprano a un modo de lectura —a una matriz crítica— que le rindió a lo largo de las décadas sólidos resultados y que, antes que envejecer, hizo que sus trabajos —caracterizados por una prosa límpida y amablemente persuasiva— se transformaran, muy a menudo, en clásicos.

Empecé esta reseña diciendo que *Conocimiento de la Argentina* es un libro excepcional. Debo agregar ahora que, a medida que se avanza en su lectura, se advierte que se trata también de un libro necesario. Y lo es en un doble sentido: la “biografía intelectual” de Prieto, en principio, le permite al lector, además de vislumbrar los pormenores de una vida dedicada a la literatura, acceder a una suerte de historia parcial, y no del todo explorada, de la docencia universitaria y la crítica literaria en la Argentina desde la década de 1950 hasta mediados de la de 1990 (“la biografía es . . . el mejor material que haya de suministrarse a la historia”, asegura Sarmiento en *Recuerdos de provincia*, y el texto de Nora Avaro certifica con creces ese aserto sarmientino). Por su parte, los más de treinta trabajos, reunidos y ordenados muy inteligentemente en diez secciones temáticas, permiten redescubrir necesariamente a un crítico que es acaso uno de los más importantes que ha dado la Argentina del siglo XX.